

LOS OJOS ERAN VERDES

En casa de mi amigo Carlos han vivido esta semana una muy curiosa tragicomedia. La cosa empezó cuando, a media tarde, mientras mi amigo, encerrado en su despacho, ponía al día los muchos papeles atrasados, entró su hijo Carlitos, el pequeño, y le espetó:

-Papá, ¿de qué color son los ojos de mamá?

Carlos tardó en reaccionar unos cuantos segundos. Y al final tartamudeó:

-¿Qué has dicho?

-Que de qué color son los ojos de mamá. Es que nos han pedido en "el cole" una redacción sobre cómo es nuestra madre, y el color del pelo me lo sé, pero el de los ojos...

El niño miraba a su padre con la exigencia de un inspector de impuestos. Y Carlos comprendió que no podía responder a una pregunta tan elemental. ¿Eran pardos? ¿O verdes? ¿O aceituna? Se dio cuenta de que hacía muchos años se «sabía» de memoria los ojos de su novia, pero que ahora, tras veintidós años de casado, los había olvidado. Los veía todos los días, a todas las horas, pero ya no sabía su color.

El problema creció cuando ambos comprobaron que Rosa, la hija mayor, tampoco lo sabía. Y lo ignoraba Ignacio, el segundo. Y Angelines, la tercera. Y los cinco sentían cómo dentro de ellos crecía una enorme vergüenza por ignorar algo tan de cajón.

Por eso cuando Elisa regresó de la compra -¡Verde! ¡Verde! ¡Verde!- no entendía nada al ver que los cinco de la casa contemplaban su rostro como si tuviera pintados monos en la cara. Y descubrían -o redescubrían- que los ojos de su madre y su esposa eran infinitamente más bonitos de lo que ellos imaginaban.

Me gustaría hacer esta pregunta a todos mis lectores. Eso. Cierren ustedes los ojos y pregúntense de qué color son los de su ser más querido. ¡A que no lo saben!

Y es que vivimos atados a la rutina, amordazados por ella. Anestesiados. Podemos estar junto a la novena maravilla del mundo sin enterarnos, sólo con que llevemos a su lado los años suficientes para haberla olvidado.

Y eso nos pasa con Dios y sus obras en la naturaleza y en los hombres.



PARA VIVIR LA FE

- Recitar el Credo es actualizar la fe. Es ejercitarla. No lo olvides: en la celebración de la Eucaristía, cuando vienen dudas de fe, etc. ...

- Adorar a Dios. Nunca es tan grande el hombre como cuando se pone de rodillas delante de Dios. Y de Dios sólo. Ni el dinero, ni el poder, ni la salud, ni el placer... Sólo Dios. "Dios debe ser el primer servido" (Santa Juana de Arco).

- Vivir en permanente acción de gracias. Esa es la actitud más lógica y noble del hombre, consciente de que todo lo ha recibido de Dios.

- Confiar en Dios, en toda circunstancia, incluso en la adversidad. Todo va a mi favor, porque Dios está conmigo. "Quien a Dios tiene nada le falta, sólo Dios basta" (Santa Teresa).

- Ver en cada persona un hermano, creado como yo "a imagen y semejanza de Dios", sin que para ello sea obstáculo su raza, su opinión, su clase social, su religión, su conducta. Nadie le puede borrar esa "imagen" de Dios. Y en ello radica su dignidad.

- ¿Y las cosas? Usar de ellas en cuanto me acercan a Dios. Y prescindir de ellas si me alejan de El. Esa es la norma. Esa, la medida. Son dones de Dios. Y deben apreciarse. Pero ... el DADOR es siempre más que el Don.

NUNCA ESTOY SOLO

¿Por qué pesa tanto la soledad? El hombre es un ser social, su persona y su carácter se desarrollan en el contacto con los demás. El niño al que se deja solo mucho tiempo, no se desarrolla armónicamente. La experiencia del abandono provoca un gran sufrimiento a cualquier edad. Sin embargo, hay personas que buscan expresamente la soledad. Los enamorados se apartan porque buscan la intimidad, no la soledad. Lo mismo hacen los monjes. La palabra monje proviene del griego monos, y significa solo, abandonado. Los primeros cristianos descubrieron que vivían mejor en la soledad y el abandono, que vivían más profundamente la intimidad con Dios. También esto les sucede a los monjes actuales.

En la biografía de Carlos de Foucauld se lee que una vez estando en África fue a visitar al cónsul francés, que se hizo esperar largo rato. Cuando por fin le recibió, el cónsul se excusó: «Perdonadme, os he dejado solo durante tanto rato», le dijo. «Nunca estoy solo», le respondió el monje.

Al igual que Cristo, él siempre estaba con el Padre.



LA PRIMAVERA LA SANGRE ALTERA

Lo tengo en mis apuntamientos también de otra forma: En la primavera la sangre corre ligera. Si eso fuera o fuese debido a la alegría pascual, estoy conforme. Pero me temo que no. Me temo que ahora, por mor de la primavera, que es un descargo tan falso como echar la culpa de todo a la macroeconomía,

una de dos: o nos ponemos más nerviosos o nos volvemos más acometedores. A ver si acierto a explicar ambos capítulos (¡Ayúdame, lengua, que para eso te mantengo!).

Empecemos por los nervios desatados. La prisa es cosa del diablo, dicen los moros. Los cristianos decimos que cosa hecha a prisa, cosa de risa. Por poner un verbigracia, en mi casa la norma es: aprisa y bien hecho, solamente los buñuelos.

Más difícil es lo de la agresividad. No hay más receta que... ¡la paz de Dios! Si cuando uno no quiere dos no barajan, no empieces tú a barajar. Y si es el otro el que pierde los estribos, debido a la primavera o debido a la macroeconomía, tú tranquilo: A hombre disparado, hombre parado. Y, si por un deber, el que sea, tienes que actuar con firmeza, muy bien, tú erre que erre, pero espera un poco a que deje de hervir la olla; recuerda que el caldo en caliente, ¡a injuria en frío.

Sí, hombre, que te lo digo yo. No eches la culpa a la primavera, y ponte a limar las esquinas que tienes, para que el ganado no se te escuadrile. Aprende lo que bien saben en el Reino de Galicia: «Verlas venir, botarse atrás, deixarse ir». Y paz. Ya vendrá el verano; y, sí no, al tiempo.

S.S.

«YO VI EL UNIVERSO REPO- SANDO EN SU MANO»

Una mística contemporánea, Lucie-Christine, cuenta en su diario esta experiencia: «Mi corazón ha sido iluminado otra vez y penetrado de Aquél que es: "Yo soy tu todo, tu único... Yo soy el todo del mundo." Y vi el Universo reposando en la mano de Jesús: "Yo soy y tú no eres." Y mi alma se llenaba de admiración y de alegría a la vista de esta magnífica simplicidad de El que es por sí mismo».

«Vi interiormente a Dios, había escrito la mística tres años antes". Dios, principio de todas las cosas, poseyéndolo todo, fuente de todo lo que es la verdad, el bien, lo bello, y no siendo todas las cosas sino por él.» De esta visión profunda de Dios y de la criatura, saca esta conclusión: «toda especie de idolatría parece una cosa espantable y (...) todas las cosas creadas pierden su prestigio en relación con el Principio increado».

MADRE TRABAJADORA

He aquí una historia verdadera. Paloma, ejecutiva de una importante agencia publicitaria, asiste al evento que ella misma ha organizado para uno de sus más flamantes clientes. La noche transcurre bajo los parámetros de un plan perfecto. Ella se ha vestido como la ocasión merece y todo va sobre ruedas... a excepción de un pequeño contratiempo que Paloma oculta como si de un defecto se tratara. Resulta que es madre de tres niños, el más pequeño de los cuales ha llegado a casa, tras el colegio, con fiebre. Sin decir una palabra Paloma se retira discretamente cuando los invitados pasan al comedor.

En el trayecto lamenta que el día no tenga más horas para poder gozarlas junto a su familia y, de pronto, se hace consciente de que el rato que pasa con sus hijos lo emplea sobre todo en educar, regañar, ordenar, gestionar, organizar. ¿Dónde queda el disfrute? Ni lo sabe, ni lo imagina, sacude la cabeza, prefiere no pensarlo. Llega a casa sin resuello, atiende a sus hijos y, mientras les mete en la cama, intenta ponerse al tanto de lo acontecido durante la jornada. Con el corazón acribillado a remordimientos Paloma constata la huella que su excesiva dedicación a la empresa deja en sus hijos. La niña ha suspendido matemáticas y no piensa hacer el esfuerzo de entenderlas hasta que su madre se ocupe personalmente del tema. El chico mayor anda taciturno y asegura que odia el colegio porque no tiene amigos. El pequeño delira de fiebre porque alguien le robó el abrigo y lleva una semana saliendo a pelo.

El teléfono móvil suena y Paloma lo sujeta con una mano, mientras que con la otra vigila la temperatura del niño enfermo.

-Enseguida vuelvo -asegura a su interlocutor, tras lo cual deja a sus hijos más o menos organizados para regresar al sarao de su cliente.

El caso de Paloma no es único. En el umbral del siglo XXI miles de madres se desviven ofreciendo a la empresa una falsa impresión de total devoción mientras su maternidad, un papel mucho más importante, va desgarrando poco a poco sus corazones. Tener hijos es una bendición. Y también es, con toda seguridad, el proyecto de mayor responsabilidad en la vida de una mujer.

A.V.N.

Una señora tuvo un ataque fulminante a los 73 años que le dejó paralizado el lado derecho del cuerpo. Como su marido estaba aquejado de la enfermedad de Parkinson y no podía escribir, consiguió que su hija le enseñase a escribir a máquina con la mano izquierda. Se mantuvo siempre animosa y no se quejó nunca, aunque a veces necesitaba ayuda. Disfrutaba leyendo, escribiendo cartas a máquina y charlando. Hasta su muerte con más de 90 años nunca estuvo aburrida.